

# ACENTO VASCO

---

No puedo ocultar el temor que despierta en mi ánimo la empresa que he tomado sobre mí de disertar acerca del acento vasco. La dificultad por una parte, de la materia misma, como todo lo referente al origen y expresión de nuestras ideas; la falta, por otra, de guías que me conduzcan en la investigación, casi me persuaden á desistir de mi intento. Mas este mismo temor se convierte en aliento al considerar que serán muy excusables los tropezones que en el camino diere, y más todavía, al presentir que los entendidos que le recorrieren á través de estas líneas, con su arbitrio desfavorable ó lisonjero, excitarán la curiosidad de algunos, y la afición al estudio de tan importante ciencia entre nosotros.

Una sola advertencia preliminar me permitiré hacer, y es, que en materia tan difícil de ser analizada con solo el auxilio del órgano auditivo, mientras no se disponga de aparatos mecánicos, tienen menos voto á nuestro juicio, los concedores del idioma que no hayan sido hijos del pueblo. Conozco á personas que por lo demás conocen y escriben con soltura el vascuence, pero que no se dan cuenta de muchos matices prosódicos del idioma, efecto de que no les es natural. Y aun los naturales de diversas comarcas, fácilmente diferimos en apreciaciones sobre puntos particulares; pero abrigo la confianza de presentar ciertos hechos más generales de los que tal vez se puedan sacar importantes consecuencias,.

Se han hecho afirmaciones encontradas acerca de la existencia del acento en vascuence. El señor Arana en sus *Lecciones de Ortografía del euskera vizkaino* (pág. 96, 265) afirma

la carencia de acento del euskera. El señor Azkue por el contrario en su Gramática, si mal no recuerdo, dice entre otras cosas del acento, que hay palabras que se acentúan en la primera sílaba y en la última: v. g. Édubikió, Kósepantoní. Estas dos aserciones se pueden conciliar según se defina el acento.

Dejado aparte el acento gráfico, que en algunos idiomas se representa por signos peculiares, vamos al fónico, que consiste, según la Academia española, en herir con más fuerza determinadas sílabas, ó sea en el refuerzo ó intensidad. Es cierto que los autores modernos á éste llaman con preferencia acento, pero además consideran otro segundo ó sea la altura ó tono que es independiente del refuerzo de emisión. Consiste el primero en la mayor *amplitud* de las vibraciones de las cuerdas vocales; y es causa del segundo el mayor *número* de vibraciones en un tiempo dado: llámanlos respectivamente acento *intensivo* y acento *tónico*. Hay quienes no quieren llamar acento á este último; pero para no disputar de solos nombres, tengamos en cuenta este otro fenómeno que tiene lugar en el lenguaje: la altura ó acento tónico ó melódico, que corresponde al agudo de los clásicos. En su origen por tanto el «acento» no significó intensidad sino altura; el acento grave indicaba descenso ó carencia de esa altura ó acento agudo; el circunflejo era un altibajo que se componía de ambos. La representación gráfica de ellos era respectivamente como sabemos: (´) (˘) (^). El *accentus* latino y la *προνοια* griega significaron etimológicamente «lo que contribuía al canto»; *ad cantum*, *προς φωνην*. Por consiguiente hay razón de llamar «acento» al tónico, ó al tono más elevado de una sílaba respecto de otra, aunque tengan ambas la misma intensidad. Aun nosotros si bien se mira, le llamamos acento en el lenguaje vulgar cuando decimos indistintamente *acento* regional y *tonillo* regional. En efecto; dos sujetos de diversa región que pronuncian una frase con los mismos acentos intensivos, varían en el tonillo ó en los acentos tónicos. Puesto que en este trabajo excluirémos casi siempre, como se verá, el acento intensivo, no estará demás, en cuanto contribuya á la claridad, que hagamos referencias á la terminología clásica mencionada, por el parentesco que tienen con sus acentos los de nuestra música lengua.

El sonido articulado tiene como tal las cualidades de todo sonido, y por consiguiente podemos relacionar la intensidad de

una sílaba con la otra, la altura de una con la otra. El acento no tiene lugar en una sílaba aislada si no la comparamos con otra, porque la noción de acento es relativa. La duración ó cantidad de tiempo no tiene lugar en este estudio porque todas nuestras palabras la tienen la misma; y el timbre no ofrece consideración particular de utilidad. Lo único que considero pues aquí es la relación de intensidad ó bien de tono de una sílaba, con las demás de la palabra, frase ó período. Pudiérase pues definir el acento: «la intensidad ó altura relativas de una sílaba.» Y supuesto por ahora, que en el habla ordinaria vasca no hay acento intensivo ó una sílaba más intensa que otra, definiremos el acento vasco, diciendo que es la altura relativa de una sílaba en la palabra, frase ó período. Digo relativa para incluir el descenso de tono que equivale al acento grave de los clásicos.

Estos acentos no los debemos expresar gráficamente, ya porque no son fijos la mayor parte de las veces en determinadas sílabas, ya porque los hay más agudos que otros, agudos á su vez respecto de los graves, ya porque también es difícilísimo discernir á veces en una frase las sílabas de acento tónico todas, dada la rapidez con que la pronunciamos. El que podía tener aplicación en la escritura, es á mi modo de ver el circunflejo, para evitar el hiato gráfico si fuera lícito llamarle así. Con el respeto debido á cierto autor nuestro que achaca á algunos literatos vizcainos la repetición de una misma vocal *aa ee* me parece que corresponde perfectamente al uso, y que no es prurito etimológico de Moguel. Tomemos por ej. la palabra *bera* = el mismo. Estas otras dos palabras *beera* = abajo, y *beraa* = blando (de condición) son de uso frecuente en el pueblo, y se hallan escritas en más de un autor. ¿Es que son ineufónicas? — Pase que lo fueran, pero no lo son. El hiato en ellas sólo es gráfico, por no ser en todo rigor repetición de la misma vocal, pues una de ellas es de diverso tono que la otra. En las palabras castellanas *creemos* y *creerán* no es el mismo el caso de concurrencia de las dos *e* porque en la primera la una lleva acento. En *creerán* las *e* juntas si se pronuncian marcadamente, son ingratas al oído; no así en *creemos*. Así pues, en la palabra *beera* según la hemos oído pronunciar, la primera *e* tiene acento tónico ó agudo; la segunda le tiene grave. De donde, caso de querer evitar aún el hiato puramente gráfico, se pudiera escribir *bêra*. Lo mismo se diga de *aaztu*, *âztu*. En *beraa* es el caso

inverso, pues la primera a está en descenso ó tiene acento grave; la segunda le tiene agudo ó alto. Este caso tiene lugar en el genitivo del plural de aquellos nombres que antes del sufijo *a* ó *ak* correspondiente al nominativo llevan *e*; v. g. *egillea*, *semea*, *andrea*; de donde *egilleena*, *semeena*, *andreena*, que he oído pronunciarlos á la mayor parte con acento tónico en la segunda. Su expresión gráfica sería la inversa de la del anterior: *bera*, <sup>v</sup>*egilleña*, *semeña*, *andrëña*. No hacía falta pues acudir al *semiena*, *andriena*, para evitar el supuesto hiato. O eso no es hiato, ó el griego estaba plagado de ellos.

Baste lo dicho del acento para conciliar los dos asertos aparentemente contradictorios. El vascuence tiene acentos tónicos, pero carece de intensivos al menos claramente perceptibles por el oído, en la conversación ordinaria. La palabra *gizona* v. g. tiene acentos en las sílabas primera y tercera, y sin embargo el oído nos da que difieren mucho de los intensivos que se dan en la primera y tercera sílabas del vocablo *buenamente* v. g.

Otro indicio para asegurar que no son intensivos, es el de las palabras extrañas pronunciadas á la vasca. Cojamos tres palabras de distinto acento v. g. *máquina*, *ventana*, *corazón*. El vasco neto las pronunciará *máquíná*, *véntàná*, *córàzón*, con acentos agudo, grave y agudo. Si en un trozo de lectura vasca se intercala cualquiera palabra extraña, ó hay que interrumpir la tonada para pronunciarse como les corresponde, ó si se pronuncian á la vasca, se hace según la norma indicada. Háganse experiencias.

Da asimismo claramente la experiencia, que cuando aplicamos las partes fuertes musicales á una sílaba castellana que no sea la acentuada con acento intensivo, repugna al oído: *córazon*, *súltana*, etc. No así en vascuence, donde es indiferente aplicarlas sin que disuenen, lo cual no sucedería si todas no fuesen igualmente intensas.

Podemos pues afirmar, con la limitación que luego indicaremos, que nuestras palabras de tres y más sílabas tienen acento tónico en su primera y última sílaba.

En las palabras compuestas de cuatro ó más, y en general, en las compuestas de varias raíces, aparece otro acento más alto que los señalados. Tal sucede en *Zumarraga*, *Arrazola*, etc. El

autor poco ha citado dice que tales palabras parecen estar acentuadas en la antepenúltima sílaba, pero que esta es ilusión acústica y no realidad. Si se trata del acento intensivo sí que es ilusión acústica; pero no es ilusión el que se dé acento más alto que los demás. Es discutible y puede haber discrepancias en el fijar ese acento dominante, pero nos parece que su existencia está fuera de discusión. No podemos guiarnos de la transcripción castellana de esos apellidos ya porque hemos visto no haber correspondencia, ya porque aun en castellano varía la transcripción. *Arrázola, Gojénola, Esnaola, Bernaola*, etc. Pero nos inclinamos á creer que se coloca en la primera palabra componente.

Las palabras bisílabas nuestras hacen la impresión de estar acentuadas en la segunda, pero todavía se advierte diferencia entre *ama* por ej. y *compás*. Al principio de frase en cambio, se acentúan en la primera: a *ma, ta amona*; n *ere Jainkoa*.

Antes de proceder á los acentos variables en la palabra y en la frase, veamos brevemente la causa de esas variaciones. Ante todo veamos que un afecto vehemente de terror, de alegría, de aliento, nos hace proferir gritos de exclamación. *¡Ene!* = *¡Ay de mí!*; *¡Aurrera!* = *¡Adelante!*; *¡Bejondaizula!* = *¡Que sea enhorabuena!* En estos casos hay verdadero acento intensivo, ó sea una sílaba más intensa que otra, si bien no hay regla fija en su colocación, que unas veces puede ser en la sílaba inicial, otras en la final, cuando las palabras son polisílabas. Mas en la conversación ordinaria y suave de nuestras montañas, y aun en las disputas vivas y acaloradas, siempre que se mantengan dentro de cierto límite, no aprecia el oído ese acento fuerte. Eso sí, el tono puede ir subiendo mucho, y *cada una* de las sílabas de la frase sucesiva, adquirir mayor intensidad; pero entre las de una misma frase no hay relación tan sensible que se pueda afirmar la existencia de una más intensa. Entre las causas de variación ó alteración de acento, se deben contar por consiguiente las situaciones patéticas. Hay otra causa más general que es la ideal ó lógica. A esta se reducen las formas gramaticales como los homónimos y las frases equívocas. La diversa colocación, en fin, de las palabras de una misma frase, puede atraer hacia sí el acento, según la importancia de la idea, el afecto, etc. Mas sobre estas causas generales á todo idioma, una es la que ofrece interés en el vascuence: la misma necesidad

fisiológica, por decirlo así, cuya esencia intentaremos penetrar más adelante al tratar del período. Estudiemos ahora las variaciones que pudiéramos llamar anormales, en los equívocos.

El acento tónico es causa de diversificar la palabra. Así era entre los clásicos, en cuyos teatros al oír mal pronunciada una palabra por causa de alterar el acento, protestaban á voces los espectadores. Y nosotros en vascuence, éste es el medio que tenemos para distinguir los homónimos. No lo veía así el autor de la *Ortografía del euskera bizkaino* (pág. 265) al decir que «los tratadistas modernos reconocen todos esa carencia de acento tónico (sic) en nuestra lengua, pero que esto no obstante han pretendido crearlo para distinguir entre sí ciertos homónimos gramaticales». Distingamos hechos y términos. Habrá observado el lector, que en las palabras citadas, «acento tónico» es el que en contraposición á él hemos llamado intensivo; y para que la cuestión no sea de nombre, volvemos á repetir que se tengan en cuenta las dos cualidades del sonido antes señaladas. Este autor no distinguió entre acento y acento en la pronunciación, ó no quiso llamar acento al que ahora llamamos tónico, sino que llamó acento tónico ó simplemente acento, al refuerzo de emisión de la voz. (Ib. pág. 96). Según esto, si los señores Inchauspe y Campión, cuyos trabajos no tengo á mano, quisieron decir que había que crear acento intensivo, claro que dieron una solución antinatural y extraña á nuestra lengua, que no debe aceptarse; pero acaso conocieron el hecho, que no aquilataron, de modificarse el acento tónico en las respectivas comarcas donde hicieron sus observaciones. En la parte de Navarra cuyo vascuence me es más familiar, en los homónimos que este autor cita, suprimen el acento final en los agentes singulares; en el plural por el contrario le conservan: ó para expresarme de otro modo, en el primer caso la sílaba final lleva acento grave; en el segundo le lleva agudo. *Gizonàk egin du. Gizonák egin dute.*

Con esto, se me dirá, no se da solución al tercer caso de *gizonak* = los hombres (pasivo), que él propone. Ante todo es muy discutible si el sujeto *gizonak* pasivo, lo es ó no en realidad. No queremos entrar en disputas que nos distraerían mucho, pero creemos que el tal *gizonak* es el mismo que el activo, y que la forma pasiva de la oración está en solo el verbo: *au gizonàk egiña da* = el hombre (por él) ha sido

hecho esto; *au gizonák egina da* = los hombres (por ellos) ha sido hecho esto. Ni es necesario acudir al *gizonek* de otras localidades. Si todavía se niega que no es este buen remedio para evitar la homonimia, no sabemos responderle sino que de hecho usamos éste, y que en otras lenguas vivas como en el chino tienen el mismo procedimiento. Rarísimo será el caso, si es que se da, de que una palabra nuestra haga las veces de tres por homonimia; en ese caso no hallo solución; pero bástame consignar, que más de dos y tres significaciones visten muchas palabras chinas por la sola diversidad de tono. Los hechos son estos. Saquemos pues teorías de los hechos, y no queramos acomodar los hechos á teorías preconcebidas (1). Además, siendo el acento tónico, causa de diversificar la frase; ¿por qué no lo ha de ser de la palabra? Sea por ejemplo la frase castellana: «no ha venido tu padre». Según el tono (ó suma de acentos tónicos) con que se pronuncie puede significar negación ó duda; «¿no ha venido tu padre?» Y todos vemos que no hay ningún acento intensivo en esta frase, que no lo hubiera en la anterior; solo es diversa la inflexión de voz, ó lo que es lo mismo, solo son diversos los acentos tónicos. Expresivamente dice el adagio castellano refiriéndose á la ironía: el *acento* suena; el *tono* envenena. No podremos afirmar, pues, que el tono ó acento tónico diversifica realmente la frase y la palabra?

Examinemos otro ejemplo más expresivo en el euskera. Los que notaron el caso de la equivocación en la palabra (homonimia), no cayeron en la cuenta acaso del análogo hecho de la equivocación de la frase. Tomemos pues una frase, no ya de diverso tono v. g. de interrogación, admiración, simple enunciación, etc., ó sea una frase tal, que tenga una suma notable de acentos tónicos diversos, sino del mismo tono. La expresión «¿*ama etorri alda?*» sin cambio ninguno de palabras

---

(1) No se me oculta que en algunos pueblos vascos no varían de tono en los homónimos. Llamo de nuevo la atención sobre este punto más expuesto á opiniones ya que aun los *hechos* son diversos. Si algo vale el haber oído hablar á individuos del Baztán, de Ulzama, de las dos Basaburuas, de Larraun, de Araiz en Navarra; de Goyerri y Beterri de Guipúzcoa; á marquineses y arratianos de Vizcaya, y á alguno que otro de Laburdi y Baja Navarra, tomaré en este y en otros puntos los hechos que me parezcan más generales.

puede significar dos cosas muy diversas, y el que la lea se verá perplejo de cómo leerla ó cómo traducirla: 1.<sup>a</sup>) «¿ha venido la madre?» en cuyo caso la pronunciación más general me parece que es dando el acento dominante ó el más alto de la frase en la sílaba *al*; 2.<sup>a</sup>) «¿es acaso la madre la que ha venido?» poniendo el acento más alto en *to*. He aquí un ejemplo en que no solo se trata de diversa frase como quiera, sino que se complica no poco en la segunda al parecer sencilla combinación. En la primera se duda: «¿ha venido la madre?»; en la segunda se sabe una cosa cierta, y otra es la que se pone en duda. 1) «Sé que ha venido alguien»; 2) «¿es acaso la madre esa persona que ha venido?» Pues esto sucede con el solo cambio, ó poco más, de acento dominante. Se pudieran multiplicar los ejemplos. Queriéndonos decir el bardo Iparraguirre que el árbol de Guernica era bendito, nos dijo: «el árbol de Guernica es el que ha sido bendecido». Solo por no haber puesto el *da* al fin, con lo cual alteró no solamente la sintaxis, sino también el acento; ó por mejor decir, no solamente alteró el acento, sino también la sintaxis; que lo uno y lo otro son inseparables en nuestra lengua. Dicho de otra manera, que el acento influye en la lógica. En rigor no se sigue que influyendo un acento tónico en la frase, haya también de influir en la palabra; pero esta explicación no debe parecer inaceptable cuando á ella acudimos en la práctica, haciendo un convenio como tácito para evitar la confusión.

En los homónimos léxicos nos habemos del mismo modo. *Aria* v. g. con acento grave en *ri* = hilo; con acento agudo en *ri* más alto que el de la *a* inicial, y menos que el de la final = carnero. No es cosa de citar ejemplos notándolos con acento, puesto que tanta variedad se encuentra en su pronunciación: basta que se evite la confusión. No teniendo otro medio, podíamos aún acudir al del sentido. Siempre tendremos que la homonimia coarta la libertad de nuestra prosodia: porque si bien al parecer se apartan los homónimos, pronunciados aisladamente, de los demás nombres, al entrar á componer frase, tienen que conservar esos acentos, so pena de quedar confusos á diferencia de los que pueden perderlos. Pero ¿qué lenguaje hay en la tierra libre de este defecto? Y más todavía sin otro remedio que *el sentido*. Todas las personas primeras del plural del presente y pretérito perfecto simple de la 1.<sup>a</sup> conjugación

castellana, y las de la 3.<sup>a</sup> regulares, no se pueden distinguir sino por el sentido. Amamos, llegamos, oímos, sentimos, etc. (antes y ahora).

## ACENTOS EN LA FRASE

Los hay fijos y variables. Son fijos los de la primera y última sílaba, lo mismo que dijimos en la palabra en general, y diremos después del período. No es menester acumular observaciones, en cosas que á cada uno enseña la experiencia propia; valga con todo, la siguiente. El vasco no familiarizado con la lengua castellana acostumbra empezar las frases y terminarlas con tono, v. g. «él padre me ha dicho y» (haciendo tónico el artículo).

Los acentos variables pueden serlo, ó pasando á otra palabra, como sucede con el dominante, ó también en distinta sílaba dentro de la misma palabra. Sea la palabra *ikusi* = ver. De tres maneras pueden variar los acentos de ella, y lo que se dice de esta se puede decir de todas: ora perdiendo el acento inicial, ora el final, ora reforzando el grave de la sílaba media ¿*Ikusi al dezu?* ¿*Zer ikusi dezu?* ¿*Ez dezu ikusi?* Pronunciadas como en mi comarca, en la primera combinación conserva el acento inicial y pierde el final; en la segunda sobresale el medio, ó de grave que era se vuelve agudo; en la tercera se conserva el final, perdiendo importancia el inicial. La sílaba á que toque en suerte ser la primera de la frase, conserva el acento así como la última. Por lo demás pueden perder los iniciales ó los finales, según que les toque antes ó después del dominante. Es decir, las palabras dentro de la frase pierden su personalidad, y hacen un todo melódico.

No es fácil avanzar en el análisis de aquí en adelante, señalando los acentos intermedios entre el inicial dominante y final; pero parece que á la subida acentuamos las iniciales dejando las finales como si al subir una cuesta avanzáramos en virtud de impulsos primeros hasta llegar á la altura dominante; y en cambio no parecemos tener necesidad de ellos á partir de esa altura, como si al bajar la cuesta nos abandonáramos hasta

llegar al apoyo ó acento final. Cada uno debe hacer experiencias en materia tan escabrosa; pero aun así á las veces le parecerá haber dado los acentos intermedios en ciertas palabras; otras veces en otras, y si va repitiendo en voz alta un mismo ejemplo, y en diferentes tonadas, acabará en fin por dudar y desconfiar de tan caprichosa prosodia. La misma rapidez en la pronunciación impide ese análisis. La causa de esta rapidez es á no dudarlo, y este parece ser el secreto de las variaciones de nuestro libre acento, *la falta de apoyos fuertes* que nos impiden descansar, y por consiguiente la necesidad de acudir al apoyo final. No hay duda que los acentos intensivos dan lugar á proceder con más pausa en la pronunciación.

## EL PERÍODO

No quiero traer á cuento discusiones antiguas acerca de la esencia del período, ni rechazar ó admitir estas ó aquellas definiciones. Sólo tengo que añadir á lo dicho, que á veces una frase no muy larga hace en vascuence verdadero período musical. Lo que yo entiendo del período vasco definido con relación á la parte musical de la lengua, no con relación á la sentencia desarrollada, es el conjunto de ascenso y descenso de tonos entre los acentos inicial dominante y final. Los acentos fijos en el período son asimismo el inicial y el final; coincidencia singular y que deja adivinar algo de la naturaleza de nuestro lenguaje hablado. Tan á todo trance prevalecen los acentos dichos, que aun en palabras extrañas trisílabas acentuadas en la sílaba media como «Francisco» suprimimos este acento trasladándole á las dos extremas en forma de acento tónico y equilibrándole en cierta manera con ellos. Si la palabra extraña tiene acento intensivo en la última, al hacerla vasca la añadimos otra sílaba, como para restablecer el equilibrio: sazón = *sasoya*. No es tan común esto si la palabra está acentuada en otra sílaba. De «zapatos» y «calzas» hacemos *zapatak*, *galtzak*, etc. Del acento variable no podemos añadir más de lo dicho al tratar de él en la frase. Lo más importante y esencial que hay que notar aquí es, que aunque las dos partes ascendente y descendente que se

pueden señalar en nuestro período se parezcan á la prótasis y apódosis; sin embargo no hacemos pausa en la altura dominante ni en las comas de los miembros á no ser que se trate de una numeración ó de otro ejemplo en que el período es compuesto. Nuestro período es un todo ligado, rápido y no divisible rítmicamente. Dentro de su brevedad, tiene mucha amplitud de escala. Esta índole especial de nuestra prosodia es la causa de no poderse recitar los versos v. g. del zortziko sin alterarla completamente. No he oído recitar versos vascos á nadie sino fijándoles acentos intensivos á la castellana. Tampoco podemos separar en la pronunciación un verso del otro por la misma rapidez del período, y porque se interrumpe la melodía que gradualmente avanza hasta la altura mayor y baja de la misma manera. Esta imposibilidad de recitar los versos desaparece en el canto, y ese ha debido ser el medio por el que hemos adoptado la estrofa y los versos rítmicos, totalmente exóticos.

No me es dado penetrar más en el conocimiento de nuestro caprichoso acento; pero lo que claramente se puede deducir atendiendo á su carácter melódico, es, que no es propio de nosotros el verso moderno. Ni parece tener aplicación en nuestra lengua el ritmo clásico con sus arsis y thesis. Las estrofas que usamos se han debido introducir por el canto. Nuestra estrofa zortziko (no hablo del compás, que esto les toca á los músicos) es la misma alejandrina francesa, la cual tiene su origen en una combinación del ritmo trocáico usada por los autores de la decadencia latina.

He aquí un ejemplo:

Meum est propositum		in taberna mori.
Vinum sit appositum		movientis ori.

Ut dicant cum venerint		Angelorum chori:
Deus sit propitius		huic potatori.

Pongamos en vascuence esta humorística estrofa:

Ardandegin iltzea		da nere asmoa;
Iltzean ardoz busti		nai nuke aboa.
Etorreran esazu		Aingeru-pilloa:
«Moskor aundi onetaz		erruki Jainkoan.

¿Quién no echa de ver la correspondencia rítmica á poco que examine?

Aquí ocurre una dificultad. Si desterramos el verso y la estrofa que se usan actualmente, ¿cuál deberá ser la forma externa de nuestra poesía? No cabe en mi plan actual, que solo se reduce á indicar principios ó mejor dicho á exponer hechos observados, una teoría completa sobre prosa ó verso vascongado. Me ceñiré á manifestar la base de nuestra métrica que me parece razonable, en consecuencia de lo expuesto sobre el acento. En el verso rítmico y en la rima son esenciales los acentos intensivos: como nosotros no los tenemos, nuestra métrica no debe estribar en el acento intensivo. Los versos que usamos hoy día solo valen, como hemos dicho, para cantados, no para declamados. Propongo, pues, la siguiente que no me parece descabellada: *igual amplitud de escala con igual cadencia*. La fundo, en que así como en latín la cantidad de tiempo de las tres sílabas del dáctilo es igual á la de las dos del espondeo; y la esdrújula, llana y aguda finales de verso en castellano equivalen; así, puesto que en menor número de sílabas puede caber el mismo intervalo, sea esta la base, en combinación no de verso con verso, sino de hemistiquio con hemistiquio, cada uno de los cuales sea una frase ó período que tenga semejante cadencia. Algo de esto debió tener la forma de la poesía hebrea sobre la cual tanta confusión de hipótesis se ha formulado. El paralelismo ideal acaso fuese acompañado del melódico de hemistiquio con hemistiquio. Algún lugar á esta suposición da la correspondencia de interrogaciones, enunciaciones, etc., que frecuentemente se observa:

«Facta est Judaea sanctificatio ejus: Israel potestas ejus.»  
 «Quid est tibi mare quod fugisti? Et tu Jordanis quia conversas  
 [es retrorsum?]

No sería difícil que idiomas que tienen tantas analogías entre sí la tuvieran en el acento. Cuestiones son estas dignas de estudio, cuya solución la dejamos para otras manos más diestras.

Permítame el lector después de este breve y desaliñado trabajo referir otras observaciones relacionadas con el acento

vasco. La prosodia y la sintaxis, ó dicho de otra manera, la parte musical y la ideológica son tan una cosa en nuestra lengua, que no se puede de ordinario faltar á la una sin que sufra la otra. Contados son los autores aun en prosa, que se puedan leer sin tropezar muchas veces con alteraciones de acento correspondientes á defectos de sintaxis. El clásico Mendiburu, S. J. en la primera línea del § I del primer capítulo de su obra *Jesusen Biotz maitearen debozioa...* se expresa de esta manera: «Jakin gabez zer den debozioa...». Los oídos, al menos los míos, al pronto avisan que esto no es vascuence. Lo sería si dijera: «Debozioa zer den jakin gabez.....». No tengo competencia para juzgar si la forma de Mendiburu guarda ó no las reglas de la sintaxis vasca, pero con sólo leerla en alta voz la rechazo instintivamente. Si nos dejáramos llevar al escribir del sonsonete ordinario de la conversación, desaparecerían muchas incorrecciones de sintaxis.

Otro punto de nuestra gramática que se puede explicar por la prosodia, es la aglutinación. Es tendencia general en el vasco la de aglutinar elementos que en la forma flexional ó equivalente á la flexional son perfectamente vascos. Pongamos por ejemplo la palabra *basajaun* conocida entre nosotros por la leyenda de su nombre. Esta palabra es resultante de *basoko jaun* ó *basoaren jaun* perdido el sufijo correspondiente al genitivo *ren* ó *ko*.

Más rudimentaria y menos elegante es para nosotros *basoaren jaun* que *basajaun* = *señor* de la selva. En el pueblo se usa preferente y aún únicamente la palabra *olajauna* en vez de *olaren jauna* = el amo de la fábrica. En frases más largas sucede lo mismo. En cierto calendario vizcaino se ponía al principio como epígrafe de algunas hojas: «Idazti Deunaren esakunak», queriendo significar: «Sentencias de la Sagrada Escritura». En otra edición posterior se puso: «Idazteunaren esakunak» en dos palabras; finalmente en tiradas más recientes se ha visto: «Idazteunesakunak» con una sola palabra que consta de tres aglutinadas. Lo de aglutinar varias oraciones y frases seguidas que llaman aglutinación polisintética es también conocido entre nosotros. ¿Qué tendrá que ver la prosodia con este fenómeno? Según lo he experimentado al componer, aunque á veces sea por tendencia á sintetizar el pensamiento, es que el oído tiende á apresurar la melodía en aquellos casos sobre todo

en que halla trabas, ó quiere aunque no las encuentre, adelantarse á cerrar el período por lo largo que resultaría quizá éste con las formas ordinarias. Esta es necesidad nuestra dada la prosodia que tenemos, y que evidentemente existirá mientras el vascuence exista. Esta forma no podrá evolucionar en otra y siempre tendremos aglutinación además de la abundante flexión, principalmente verbal de que gozamos. Lo cual prueba que en nuestro idioma la flexión no puede provenir de la evolución de las formas aglutinadas. Al contrario en vez de ser perfectible como quieren algunos, la aglutinación, diríamos nosotros por nuestra lengua, que la flexión es perfectible en sus formas.

Y es además que el monosilabismo nuestro es todavía posterior, al menos en las formas gramaticales. En el valle de Ulzama, si la memoria no me es infiel, he oído á algunos *tor da* en vez de *etorri da*; *kar dit*» por *ekarri dit*; *kus duzu* por *ikusi duzu*. No es que *etorri* venga de *tor*, ni *ekarri* de *kar*, ni *ikusi* de *kus*, sino viceversa. La explicación está en la misma prosodia degenerada de los que hablan de ese modo. Transforman el acento tónico en intensivo, de lo cual se sigue la elipsis y la agrupación de más consonantes alrededor de él. En las palabras *Chávarri*, *Chaide* y otras por el estilo, la *e* prostética (*E*)*chaide*, (*E*)*chávarri*, de donde también *Echa(va)rri* = *Echarri*, se ha perdido por causa de habérseles fijado acento fuerte ó intensivo. Y en *tor*, *kar*, *kus*, además, el acento ha traído hacia sí la letra consonante que pertenecía á la sílaba siguiente *e-to-rri*, *e-ka-rri*, *i-ku-si*. La misma ley guardan otras lenguas, v. g. las romances. De *cálido* vino *caldo*, de *capítulo* *cabildo*. Por eso el predominio de las consonantes sobre las vocales es notorio en éstas comparadas con la nuestra. En ésta, por efecto de su tonada suave se equilibran las vocales y consonantes; la elipsis es fenómeno menos común, y la epéntesis más frecuente. La misma explicación se me ofrece, para el hecho que nota el señor Campión en su Gramática de la tenacidad de algunos vascos en conservar las últimas sílabas de las palabras. Por una parte no hay acento intensivo que pueda absorberlas como *Fort* de *forte*, *Font* de *fonte*, *Torrent* de *torrente*, como sucede en catalán, y sucede igualmente en palabras castellanas, *feliz* de *felice*, *veraz* de *verace*, *feraz* de *ferace*; por otra parte hemos visto que

todas nuestras palabras tienen acento final tónico. Según esto, como al principio dije, cuando las palabras extrañas tienen acento intensivo final, añadimos una sílaba para cierta equivalencia y equilibrio colocando sobre ella el acento tónico. Esta propiedad estimo que deben tener las lenguas americanas que parecen tener acento suave como la nuestra. En particular los tarahumaras (México) del español *fiscal* v. g. hacen *fiscali* (*fiscala* que diríamos nosotros). Además en ninguna sílaba sufren más sonidos consonantes que vocales, propiedad común á otras lenguas del nuevo continente. He tenido ocasión de comparar ligeramente la gramática de esa lengua con la de la nuestra; y si cuanto al léxico apenas tiene parecido, no he visto idiomas que tanto se parezcan en la construcción. Acaso fuera útil la comparación detenida entre estos idiomas.

Para terminar, no debo omitir lo que observé en algunos habitantes de Labayen, Ezcurra, y creo que es frecuente en los pueblos de Basaburua menor (Navarra). A causa del excesivo canturreo alargan notablemente unas sílabas sobre otras. En vez de Joñantonio que se pronuncia en otras partes con los tonos inicial y final, dicen Joxaantonio, conservando sin embargo en lo demás los acentos indicados. A pesar de lo agradable que se hace al oído aquel lenguaje, tengo para mí que ese tonillo es de transición, no el verdadero y neto vasco; y que de él á los acentos intensivos fijos no hay más que un paso. Tal vez los entendidos pudieran hallar analogías entre esta prosodia y la del latín clásico. Emprendan ellos la interesante labor de estudiar nuestro acento, campo extenso cuya exploración podría dar nuevos puntos de vista y hacernos penetrar en la estructura singularísima de nuestro venerando idioma.

A fin de no repetir las consideraciones preliminares, á ellas remito nuevamente al lector, y doy por terminada mi tarea.

NICOLÁS ORMAECHEA, S. J.

---